

---

# Las fronteras antiguas: una comparación social entre Mesoamérica y el Cercano Oriente

Phil C. Weigand

Todas las civilizaciones antiguas contaron con lo que los griegos clásicos llamaron “fronteras bárbaras”. Por supuesto que Mesoamérica no fue la excepción, aunque la antigua frontera norte de Mesoamérica fue estructuralmente diferente de las zonas fronterizas que caracterizaron la interfaz entre las regiones metropolitanas urbanizadas y altamente agrícolas y sus áreas periféricas límite en casi todos los otros ecúmenos del mundo antiguo. El propósito de este breve texto es explorar las diferencias estructurales y sociales entre la frontera chichimeca y teochichimeca de Mesoamérica con las dos regiones fronterizas pastorales del Cercano Oriente, la estepa euroasiática y el desierto Árabe. Estas diferencias nos presentan importantes perspectivas sobre los caracteres radicalmente diferentes de las dos regiones, diferencias que afectaron a todo el desarrollo evolutivo de sus respectivas historias y existencias tempranas.

## MESOAMÉRICA

Una “ecúmene” se define como un agrupamiento interactivo de civilizaciones tempranas que compartieron ideas básicas y que formaron “el mundo habitable”, como dirían los griegos clásicos. Con esto se referían a esas áreas que contaban con estilos de vida basados en la ciudad y “altas” culturas que se encontraban delimitadas por zonas fronterizas bastante bien distinguidas, más allá de las cuales habían pueblos que no participaban en el modo de vida civilizado. Aunque los griegos clásicos usaron esta definición de manera bastante restringida, aún nos es útil con una aplicación más amplia. Para nuestros propósitos esta palabra simplemente representa a las

regiones metropolitanas que interactuaban entre sí, que estaban urbanizadas y que se caracterizaban por sistemas de organización social altamente estratificados. Cada una de estas regiones tenía fuertes personalidades culturales y diferentes premisas para la estructura social de la elite. La interacción entre las distintas regiones dentro de una ecúmene común fue constante: estaba basada, hasta cierto punto, en ideas compartidas sobre la cosmología, en la participación dentro de una estructura de comercio penetrante y en un pulso siempre cambiante de expansión y contracción regional que llevó a la diseminación de rasgos y de influencias políticas. La lista de rasgos de civilización que presentó V. Gordon Childe en su obra clásica sobre la evolución cultural (*Man Makes Himself*, de 1936) sigue siendo valiosa para definir lo que es civilizado de lo que no lo es, aunque claramente esta lista de características culturales carece de la perspectiva social que la mayoría de los investigadores dentro de la historia y la arqueología hoy día consideran igual de importantes.

A pesar de la retórica oficial, lo más importante es señalar que la antigua Mesoamérica no fue una sola civilización. Existió demasiada variabilidad sociocultural entre las distintas áreas que la componían como para permitir esa caracterización para la ciencia y la historia. Las enormes diferencias entre el área maya, el centro de México, la costa del Golfo, Oaxaca y el Occidente revelan que Mesoamérica se caracteriza mejor como una ecúmene, o sea un sistema mundial (como fue expresado en muchas de las obras de Fernand Braudel), más que como una civilización unitaria. Como ya se mencionó, los ecúmenes antiguos se caracterizaron por agrupamientos de civilizaciones en todas las demás partes del mundo, y Mesoamérica no fue la excepción. La idea de Mesoamérica como una sola civilización es producto de lo que hoy sabemos es un punto de vista dogmático de evolución unilineal, que buscó en la cultura olmeca la base para todo lo que vino después. Con esa perspectiva seguimos automáticamente hacia Teotihuacan, Tula y los aztecas como ocurrencias en secuencia alrededor de las cuales la visión unitaria de la “civilización” mesoamericana puede y debe contextualizarse. A largo plazo y en sus orígenes, éste es un punto de vista político contemporáneo del mundo mesoamericano antiguo. Ciertamente no está basado en investigaciones regionales, puesto que todo tiene que relacionarse tarde o temprano con el “centro”, ya sea que éste se interprete como la

región olmeca o como Teotihuacan. En la arqueología del Viejo Mundo este tipo de punto de vista se denominó “heliocentrismo”; según sus creyentes, todo tenía que haber irradiado a partir de Egipto o de alguna patria mítica indoeuropea o aria.

El heliocentrismo sigue vivo en la arqueología mesoamericana, dada la importancia avasalladora que se asigna al centro de México en el discurso nacional sobre el pasado prehispánico. Octavio Paz señaló todo esto en sus dos ensayos fundamentales, *Posdata* (1970) y *Puertas al campo* (1967). Paz también mencionó que esta perspectiva unitaria y unilineal está fosilizada en piedra dentro del Museo Nacional de Antropología, con su enfoque hacia el espacio de exhibición y su interpretación del desarrollo y carácter de la antigua Mesoamérica. Como Paz señaló, la antigua Mesoamérica simplemente no puede verse a través del lente político contemporáneo que usa al pasado prehispánico para justificar la naturaleza extrema de la súper centralización política, económica y cultural de la vida nacional en la ciudad de México, un sistema bajo el cual todo el país sigue sufriendo de manera innecesaria. Este punto de vista está vinculado con firmeza al concepto de “mexicanidad” (o sea el concepto del pasado y el presente de la ciudad de México: la “identidad” mexicana), acompañado por el intento de formar una “cultura nacional” dentro de un enorme territorio caracterizado por muy fuertes regionalismos y tradiciones que en algunas áreas siguen reflejando de manera sólida los vivos legados prehispánicos. Este intento de homogeneizar la vida cultural en un país del tamaño de México nunca se hará realidad, aunque sí sirve para debilitar y diluir la calidad de la vida regional, y de esa manera a todo el país en el contexto de la actual tendencia hacia la globalización.

Las culturas son regionales por definición, y los intentos de construir las así llamadas “culturas nacionales” rara vez tienen éxito. Los casos más radicales tuvieron lugar en la Alemania nazi y la Italia fascista. Por haberse basado en mitos y en falsas representaciones del pasado, fracasaron de manera absoluta. En países del tamaño de Luxemburgo una cultura nacional es de esperarse, pero en México no. Como Paz señaló con énfasis, los intentos de “nahuatlizar” o centralizar al pasado prehispánico son ridículos. La realidad de Mesoamérica en la antigüedad fue mucho más compleja, más rica, más variada y mucho más interesante de lo permitido por el punto de vista

unitario. Sin embargo, los dogmas políticos una vez institucionalizados y petrificados –como los concernientes al Occidente de Mesoamérica dentro del ámbito oficial del Instituto Nacional de Antropología e Historia– son extremadamente difíciles de modificar, y es probable que ni valga la pena hacer el esfuerzo. La caracterización de Mesoamérica debería ser producto de verdaderas investigaciones que se basen en estudios regionales comparativos sólidos, más que depender de los dogmas políticos del Estado que oscurecen en vez iluminar al público sobre la naturaleza de sus múltiples legados prehispánicos. Es claro que en vista de la situación actual, la mayoría de estos esfuerzos deberán ser de inspiración y ejecución regional.

En su estructura, la ecúmene mesoamericana fue diferente de todos los demás agrupamientos de civilizaciones por una característica definitoria: de entre todos los sistemas mundiales antiguos fue la única que carecía del componente sistemático de la domesticación de animales grandes. Así, Mesoamérica puede definirse como un sistema diádico: un sistema interactivo de plantas domesticadas y de la comunidad humana. El resto de los ecúmenes del mundo antiguo fueron triádicos: sistemas interactivos que tenían plantas y animales domesticados y la comunidad humana. No es que los animales apropiados no hubieran existido en Mesoamérica y sus zonas inmediatas, como sostiene Jared Diamond (1997). Excepto por los animales necesarios para la etapa final de domesticación, las especies apropiadas para las dos primeras etapas de hecho sí estuvieron presentes: borregos y cabras para la primera y el bisonte para la segunda. Si los seres humanos pudieron domesticar al *Bos taurus* para convertirlo en el actual ganado, entonces el bisonte (*Bison americanus*) –que de hecho fue domesticado en el siglo xx– por lo menos pudo haber sido amansado. Si bien el bisonte es impresionante en su estado salvaje, para nada es tan enorme y agresivo como el *Bos taurus*.

En todas las áreas de Mesoamérica más bien se llevó a cabo una estrategia que maximizó la domesticación de plantas ricas en proteínas. Desde la perspectiva de la dieta, esto hizo que la domesticación sistemática de animales grandes no fuera necesaria. Desde un punto de vista comparativo, la dieta mesoamericana que estaba basada en plantas ricas en proteínas probablemente fue la más nutritiva de todos los sistemas dietéticos. El resultado, sin embargo, fue que Mesoamérica nunca sufrió la “revolución

de productos secundarios” (RPS) que caracterizó al desarrollo de todas las demás civilizaciones tempranas y que ofreció un rango de oportunidades completamente nuevo para los desarrollo tecnológicos y sociales (Weigand, 2000). Así, esta área cultural fue la única que no tuvo el ciclo de desarrollo de la domesticación de animales que permitió florecer a la RPS, ni el ciclo de domesticación que permitió el uso de animales para la transportación, para cargar, para arar y fines militares, ya fuera por carros de guerra o por caballería. Esta situación puede caracterizarse como un caso de sobre especialización en la obtención de comida y de recursos, con todo lo eficiente y admirable que fue. El estatus excepcional de Mesoamérica como un mundo sin animales domesticados (aparte de los perros, que estaban en todos lugares, y de los pavos) prueba sin menor duda que se podía llegar a la civilización avanzada desde la base de un cimiento diádico. Sin embargo, la especialización diádica estaba destinada a tener ulteriores implicaciones para el desarrollo evolutivo de Mesoamérica, lo cual discutimos a continuación.

La falta de un complejo de animales domesticados afectó no sólo a las regiones metropolitanas de la ecúmene mesoamericana, sino también a la zona fronteriza. Como veremos, las regiones de frontera del otro ejemplo ofrecido en este estudio no sólo tuvieron animales domesticados, sino que también desarrollaron distintos grados de especialización social que iban desde sistemas integrados de agricultura y de cría de animales hasta verdaderos sistemas sociales de pastoreo con poca dependencia sobre productos agrícolas, excepto los que adquirirían a través del intercambio. Estas dos variaciones sobre el tema de la domesticación de animales en la zona de frontera simplemente no existieron en Mesoamérica.

En la frontera norteña de esta área cultural existieron dos modos de vida básicos muy diferentes entre sí. El más rudimentario era el de los teochichimecas, que estaba firmemente basado en la caza y la recolección, como muestra muy claramente la lámina 1 del *Códice de Quimatzín*. En estas situaciones las concentraciones demográficas de cierta magnitud eran poco probables, o si acaso sucedían eran bastante marginales, de naturaleza breve y estacional. Si bien gran parte de este modo de vida estaba “atado” (limitado a ciertas áreas o subáreas específicas definidas por los contactos con grupos vecinos y por la disponibilidad de recursos), con frecuencia era muy

especializado y estaba adaptado a la obtención de recursos en nichos ecológicos bien definidos. Exceptuando breves periodos estacionales, las concentraciones demográficas de cierto tamaño simplemente no eran posibles, y la movilidad más allá del área en que se había dado la especialización no era deseable y a veces sólo resultaba posible si el grupo se estaba desintegrando. Aunque los grupos de teochichimecas de la frontera norteña de Mesoamérica fueron capaces de realizar incursiones de pillaje aisladas y oportunistas, nunca fueron una verdadera amenaza para las civilizaciones a las que bordeaban de manera remota. Los grupos de teochichimecas podrían volverse fanáticos defensores de sus tierras y sus formas de vida al ser invadidos, especialmente con tácticas de atacar y huir, como demostró la expansión colonial hacia las estepas y desiertos del norte de México (Powell, 1975; Carrillo 2002, 2003). Sin embargo, en tiempos prehispánicos representaban poca o nula amenaza para la existencia y modo de vida de las zonas metropolitanas de civilización localizadas hacia el Sur. Si bien en ocasiones eran vecinos participantes de la ecúmene mesoamericana, no eran un componente sistemáticamente interactivo de esa entidad social, excepto en el sentido más marginal. Sí existieron las migraciones desde la zona teochichimeca hacia las regiones civilizadas, pero tuvieron poco impacto a largo plazo sobre el carácter sociocultural de las regiones metropolitanas. Simplemente no había la capacidad demográfica o tecnológica entre los grupos de teochichimecas como para alcanzar un impacto importante sobre la ecúmene mesoamericana.

Los chichimecas por sí mismos, sin embargo, representaban algo en extremo diferente. Por definición, estos grupos fueron partícipes dentro de la ecúmene, aunque no fueron residentes de las zonas metropolitanas. Dado que habitaron regiones con potencial agrícola y mineral, los sitios chichimecas resultaban muy complejos y bien desarrollados; La Quemada/Tuitlán y Alta Vista de Chalchihuites (Zacatecas), Zape (Durango), Casas Grandes/Paquime (Chihuahua), los sitios hohokam (Arizona), y Chaco Canyon (Nuevo México) son varios ejemplos importantes de sistemas sociales de escala relativamente pequeña (comparados con las zonas metropolitanas) pero de alta complejidad que existieron en la región fronteriza norteña de la ecúmene. Estos sistemas socioculturales tuvieron un papel integral en la función económica de la ecúmene desde la perspectiva de la obtención de

bienes escasos y comercio a larga distancia (Weigand y García, 1996). Con su arquitectura monumental o submonumental, su complejo diseño arquitectónico, sus impresionantes fortificaciones, sus caminos formales, sus enormes complejos mineros y sus bien integrados contactos ideológicos y de comercio con las zonas metropolitanas, la región chichimeca de la frontera norte fue, de diversas maneras, un componente simbiótico de la ecúmene, con intensidades variables y con sus propias tradiciones culturales múltiples y fuertes (Weigand, 2001).

Un ejemplo de lo anterior es el complejo minero de la región de Chalcihuites, uno de los más extensos y monumentales de todo el Nuevo Mundo. En esta área hay alrededor de 800 minas, algunas con túneles que se extienden por kilómetros debajo de la superficie. Este complejo tuvo orígenes tempranos, tal vez iniciando a escala pequeña durante la fase Canutillo (200-450 d. C.), aunque el apogeo fue en el periodo Clásico tardío o Epiclásico, durante las fases Alta Vista y Vesuvio (450-900 d.C.). Muchos minerales fueron explotados, incluyendo malaquita, azurita, cinabrio, ocre rojo y amarillo, así como un pedernal o cuarzo erosionado suave apropiado para tallarse; además, es posible que el cobre nativo se haya encontrado en estos depósitos. Por otra parte, aunque hay cantidades muy pequeñas de oro, no es probable que éste haya sido buscado activamente por los mineros. Desde la perspectiva de la arquitectura y la ingeniería, las minas fueron sofisticadas y bien elaboradas. Millones de toneladas de desechos fueron producidos por esta enorme operación minera. Claramente, la minería a esta escala no fue una simple empresa local, sino que tuvo que haber formado parte de una estructura económica mayor (Weigand 1968, 1993; Schiavitti, 1995). Existieron otros complejos mineros en la zona de la frontera norteña, incluyendo los de turquesa química de Nuevo México, Arizona y California (Weigand, 1997).

La obtención de minerales para el consumo dentro de las regiones metropolitanas de la ecúmene fue un tema perdurable en la zona chichimeca, constituyendo uno de los puntos importantes de cohesión entre la zona de frontera y los núcleos de civilización en el Sur. Por supuesto, un corolario de la extensa minería para la exportación es el tema del intercambio organizado a larga distancia, ya que la primera no puede existir sin el segundo, pues están interrelacionados de forma estructural. Como ejemplo, el flujo

de turquesa desde el extremo noroeste hacia las zonas metropolitanas de civilización representó la estructura de comercio en su forma más pura. Sin importar los cambios políticos que ocurriesen dentro de las zonas metropolitanas, el flujo de turquesa continuó. Para el periodo Postclásico tardío la turquesa era mucho más común que el jade, y millones de piezas de este compuesto mineral se han encontrado en sitios arqueológicos de todas las áreas dentro de la ecúmene mesoamericana. Así, la existencia de una estructura de comercio perdurable para la obtención de minerales es una de las principales características de la zona chichimeca, un rasgo que la siguió marcando durante el periodo colonial.

Desde una perspectiva económica, una zona no podría existir sin la otra, aunque esto no quiere decir que las relaciones siempre fueran amistosas o pacíficas, o que eran balanceadas y equivalentes. Los recursos minerales de esta zona, como la turquesa, la malaquita, la azurita, la amazonita, el cinabrio, el ocre y posiblemente el cobre y la plata, fueron muy deseados por los mesoamericanos metropolitanos, por lo que se invirtió un esfuerzo considerable en su obtención. Aunque seguramente hubo alguna colonización dentro de la zona chichimeca, la mayoría de los movimientos demográficos parecen haberse dado en la dirección contraria. La expansión hacia el sur (o sea, dentro del Occidente) por las entidades caxcanas desde Tuitlán –que aparentemente fue su principal asentamiento– podría ser un ejemplo de esto (Weigand y García, 1996; Weigand, 2006), y otro la llegada de hablantes de náhuatl desde las estepas norteñas hacia el centro de México. Claramente, el grupo o grupos que posteriormente se conocieron como aztecas tuvieron orígenes chichimecas de las estepas, como mencionan sus propias leyendas y crónicas históricas (Sahagún, 1950-1982). Los mitos que los presentan como viajeros a través del Occidente en su peregrinaje fantástico desde Aztlán hasta Tenochtitlan son nuestros, pertenecientes principalmente al siglo XIX, no de los aztecas. Estos mitos de peregrinación carecen por completo del sustento de investigaciones arqueológicas en Occidente, una región que nunca fue parte de la zona chichimeca durante toda su larga historia de civilización temprana. Dado que mucha gente en Nayarit y Jalisco quiere desesperadamente que su historia prehispánica se incluya en el discurso nacional centrado en la ciudad de México, esta fantasía de orígenes aztecas sigue existiendo (Weigand, 1994).

La zona chichimeca sí tuvo el potencial demográfico y la capacidad de organización social para afectar a las regiones metropolitanas de la ecúmene, como parecen indicar las leyendas históricas que giran en torno a la expansión tolteca-chichimeca hacia el Sur (Kirchhoff et al. 1976). Sin embargo, dado que su nivel tecnológico básicamente fue el mismo que había en las regiones metropolitanas, y puesto que en teoría carecían de la capacidad de rebasar social y militarmente a sus vecinos metropolitanos, sus impactos –aunque probablemente importantes como intrusos– no fueron destructivos. No tenemos ejemplos en la arqueología o en las tradiciones etnohistóricas de invasiones masivas y destructivas a gran escala como sucedió en el Cercano Oriente y en Europa durante la antigüedad. La razón de esto es clara: los chichimecas mesoamericanos no tuvieron la ventaja de una tecnología u organización superiores comparados con sus vecinos metropolitanos. No poseían animales domesticados como el caballo o el camello que pudieran otorgarles la movilidad o las posibilidades para movimientos demográficos masivos de manera sostenida. Una cosa es completamente clara, aunque resulte negativa: una de las características básicas que definen a la frontera norte de Mesoamérica, al igual que a las zonas metropolitanas, fue la completa falta de animales domesticados importantes.

El pastoreo y los pastores no existieron como sistemas sociales y sociedades, por lo que en comparación con el Cercano Oriente la frontera chichimeca de Mesoamérica fue una zona relativamente poco amenazante para la continuación del modo de vida civilizado dentro de las regiones metropolitanas.

#### EL CERCANO ORIENTE

Dentro de esta gran área de civilizaciones tempranas que estaban unidas dentro de una misma ecúmene (v. gr. Frankfort 1948), tenemos un ejemplo del extremo opuesto a la situación diádica mesoamericana. En la enorme media luna de sistemas sociales basados en el urbanismo que se extendía desde Egipto atravesando el área de Siria-Palestina hasta Mesopotamia (incluyendo a Elam) y considerando a las planicies altas de Anatolia y de Irán, predominó la adaptación triádica: los animales domesticados importantes y

por lo tanto la RPS caracterizaron a toda la región (Weigand, 2000). Este contraste por sí mismo es suficiente para diferenciar a esta ecúmene de lo que existió en Mesoamérica. Sin embargo, entre los impactos importantes que tuvo la domesticación de animales en el Cercano Oriente estuvo lo que ocurrió como resultado de dicha domesticación en las regiones fronterizas de esta enorme zona. Aunque el primer paso hacia el amansamiento y la domesticación de animales (que involucró a los borregos y las cabras) tuvo lugar dentro de la zona que habría de convertirse en la ecúmene, el segundo paso (que involucró a la domesticación del ganado) parece haber tenido lugar dentro o cerca de las periferias de la zona de civilizaciones en desarrollo. El tercer paso (que involucró al caballo y al camello) claramente tuvo lugar en las estepas y desiertos que bordeaban la ecúmene tanto al norte como al sur, es decir, completamente fuera de las regiones metropolitanas. Las zonas periféricas en la vecindad de las regiones metropolitanas de la ecúmene del Cercano Oriente estaban relativamente libres de la carga de enormes superestructuras de templos y palacios, por lo que tenían mucha más flexibilidad para la innovación dentro de los campos social y tecnológico. En su obra clásica de varios volúmenes, *A Study of History* (1934-1961), Arnold Toynbee llamó a estos grupos innovadores en los límites externos de la civilización “el proletariado externo”. Su uso del término “proletariado” definitivamente no fue marxista, sino que intenta transmitir la idea de que existía una relación simbiótica entre las regiones metropolitanas de civilización y las zonas periféricas que trabajaban dentro de la estructura económica de la metrópolis, pero que eran independientes política y culturalmente. El grado y la intensidad de estas relaciones, por supuesto, variaron de manera considerable de un área a la otra, y entre varias épocas.

Al igual que con la situación de los chichimecas en Mesoamérica, la minería y en general la obtención de recursos, junto con el comercio a larga distancia, representaron temas importantes para esas relaciones en el Cercano Oriente. Pero en contraste con Mesoamérica, la domesticación de animales tuvo un papel bastante importante dentro de las sociedades del “proletariado externo” del Cercano Oriente. Aparte de su papel como extractoras de recursos, muchas de estas sociedades se convirtieron, con distintos grados de intensidad, en pastoras. Los datos específicos sobre la evolución del “proletariado externo” y de la espiral tecnológica inspirada

por éste nos son de interés aquí, dado que forman un contraste total con la situación experimentada entre los metropolitanos mesoamericanos y sus fronteras chichimecas o teochichimecas. Sin entrar en detalles acerca del desarrollo de la ecúmene del Cercano Oriente (pueden encontrarse resúmenes sobre este tema en Kuhrt, 1995 y Sanderson, 1995), podemos mirar hacia las mismas zonas fronterizas para explorar qué tan extrema fue su divergencia de la situación en Mesoamérica. Algo crucial para este análisis es el contexto del desarrollo de los primeros sistemas sociales de pastores en las estepas y desiertos vecinos de la ecúmene del Cercano Oriente. Las siguientes observaciones tienen como base las obras colectivas editadas por Harris (1996), Mason (1984) y Clutton-Brock y Grigson (1984), así como el impresionante resumen de fuentes rusas hecho por Anthony (2007). Sin embargo, es importante señalar que las estepas y desiertos no estuvieron exclusivamente dedicados al pastoreo; aparte existieron zonas de economías mixtas de agricultura y pastoreo, así como complejos mineros y emporios comerciales que caracterizaron a esta región.

Por definición, el pastoreo implica la especialización en las tecnologías de animales y el manejo de rebaños en un grado que fue imposible o que rara vez se intentó dentro de las zonas metropolitanas. Las sociedades pastorales que se especializaron en la cría de rebaños de borregos y de cabras, como las de las orillas de la región de Siria-Palestina, representaron una amenaza débil para sus vecinos metropolitanos (cfr. Levy, 1983). De hecho, con esa situación una simbiosis relativamente pacífica era benéfica para todos los interesados. Pero una vez que estos tipos de sociedades empezaron a evolucionar más dentro de la estepa y en las orillas del desierto del Cercano Oriente, se observaron nuevos patrones. La interacción entre estas áreas y las zonas metropolitanas estuvo caracterizada por mucha más violencia cuando los pastores se hicieron cada vez más móviles con la domesticación del caballo y del camello.

Gracias a estas especies domesticadas, las altas concentraciones demográficas podían mantenerse durante periodos relativamente largos. Esto significó que pudieron presentarse los patrones destructivos de incursiones de pillaje. Dada la capacidad de innovación tecnológica, como podemos ver con los procesos reales de domesticación del caballo y del camello, las carrozas con dos ruedas con rayos y los estribos para las caballerías, estos

sistemas sociales basados en el pastoreo podían competir militarmente contra sus vecinos metropolitanos; y ganarles. Es posible que la primera utilización sistemática del hierro tuviera también lugar dentro de estas regiones. Ciertamente, un uso masivo del bronce caracterizó a las regiones de las estepas poco después de que se dio esa innovación tecnológica (Drews, 1995). El resultado fue una espiral de innovación tecnológica y de competencia entre las sociedades fronterizas y las zonas metropolitanas, que siguió hasta los albores de la época moderna, y que en ciertos periodos significó el final de la civilización en algunas áreas. La guerra de naturaleza depredadora fue resultado de la competencia no sólo entre las distintas regiones dentro de la ecúmene, sino también entre las zonas periféricas y metropolitanas (Hamblin, 2006). Una buena parte de este conflicto se vio aumentado por las diferencias entre el desarrollo tecnológico de los grupos que estaban compitiendo, algo que se ilustra de manera dramática por los guerreros mitanni con carrozas *maryanna*. Cuando entró al escenario el equivalente en el Cercano Oriente de los *tesa-ratha* (“los que tienen una carroza de ataque”), como el rey hurriano Tusratta I, o en el caso de la invasión de Egipto por los hicsos con sus carrozas (van Seters, 1960), la guerra en el Cercano Oriente se vio revolucionada para siempre.

Ahora sabemos que estas carrozas y los caballos que tiraban de ellas fueron innovaciones que venían de las estepas, y que ese proceso empezó en algún momento poco después de 2000 a.C. (Anthony et al., 1991; Anthony, 2007). Las tumbas encontradas con carrozas de dos ruedas que eran tiradas por caballos han sido fechadas con seguridad hacia el periodo 1900-1750 a.C.; pertenecieron a la cultura petrovka del extremo norte de Kazajistán. Las bridas para los caballos pertenecen a este mismo periodo (Anthony, 2007). La domesticación del camello y el desarrollo de una caballería basada en este animal fue la principal contribución a este escenario por parte de los pueblos del desierto Árabe (Bulliet, 1990). Aunque Toynbee no contó con todos los detalles que nosotros poseemos (v. gr. Anthony, 2007), en su obra clásica él también había señalado la importancia de esta espiral tecnológica y competitiva, dándole un lugar prominente como proceso en su análisis del surgimiento y caída de algunas civilizaciones.

Como ya se mencionó, los complejos mineros y los sitios fortificados tuvieron papeles importantes en la evolución y las funciones sociales de la

zona. Algunas de las áreas mineras fortificadas en la estepa euroasiática son impresionantes. La demanda de cobre de la estepa euroasiática por parte del Cercano Oriente empezó desde 2000 a.C., por lo que es un poco anterior a la domesticación del caballo y al complejo de carrozas tiradas por este equino. La transición de la cacería de estos animales a su amansamiento y domesticación en apariencia se dio muy rápido. La demanda de cobre y bronce, sin embargo, estimuló y aceleró el ritmo de complejidad social dentro de la extensa área entre el valle del río Volga inferior y las montañas Urales. Sitios como Vilovatova, Sintasha y Krivoe Ozeró no sólo se asociaron con complejos mineros antiguos, sino que frecuentemente estuvieron especializados en la producción de metales para la exportación. Un texto mesopotámico de tiempos de Rim-Sin, rey de Larsa (1822-1763 a.C.), registra un embarque único de unas 20 toneladas de cobre (Muhly, 1995). Con frecuencia las fortificaciones fueron bastante sofisticadas, especialmente en los sitios más grandes como Ust'e, pero también se presentan incluso en sitios más pequeños como Chernorech'ye. Estos sitios estaban rodeados por zanjas en forma de "V" con muros de tierra reforzados con troncos. Sobre estos muros había palizadas de madera, y las entradas formales eran algo común. Obviamente, la guerra crónica acompañó a los desarrollos de la minería y la metalurgia. Esta región, en su totalidad, fue también un área de crianza de caballos y una fuente perdurable de exportación de estos animales (Anthony, 2007; Harris, 1996). La exportación de enormes cantidades de caballos hacia las zonas metropolitanas del Cercano Oriente acompañó a los desarrollos mineros y metalurgistas. Gracias a las riquezas minerales del área general de los Urales y los vastos pastizales que estaban disponibles por toda la estepa, la zona se integró simbióticamente a la estructura de comercio de la ecúmene y a su organización político-económica.

## COMPARACIONES

En la siguiente discusión breve exploraremos las similitudes y diferencias estructurales entre las regiones fronterizas de Mesoamérica y del Cercano Oriente. La primera y tal vez más importante variante fue la presencia de sistemas sociales depredadores y basados en el pastoreo en el Cercano

Oriente, y su absoluta ausencia en Mesoamérica. A pesar de la presencia de Mixcoatl (como aparece en la *Historia tolteca-chichimeca*, Kirchhoff et al. 1976), que tal vez fue el dirigente de una migración desde las estepas hacia el Bajío y el centro de México, no hay evidencia de que ésta o alguna otra migración relacionada con ella produjera dislocaciones masivas, ciudades saqueadas o desplazamientos importantes de la población. Ciertamente hay evidencia excelente de conflictos dentro de las zonas metropolitanas de la ecúmene mesoamericana; dos ejemplos bien documentados son las guerras entre las ciudades-Estado de los mayas y la prolongada guerra entre los purépechas y los culhua-mexicas. Es claro que existieron guerras e invasiones que desplazaron a la gente y arruinaron a ciudades en Mesoamérica, pero estos conflictos fueron entre los miembros de la zona metropolitana de la ecúmene (Hassig, 1992). No parece existir evidencia concluyente de conflictos importantes entre estos últimos y los chichimecas, que fueran de alguna manera comparables a lo que sucedió en el Cercano Oriente. En esta área los casos de confrontaciones y de guerra altamente destructiva entre la frontera y las metrópolis fueron numerosos, aparte de los casos arriba citados. Los ejemplos incluyen a grupos de pastores de gran movilidad que usaban caballerías, como los hunos (Thompson, 1999) y los mongoles bajo dirigentes como Genghis Khan (Weatherford, 2004; de Hartog, 2005) y Tamerlan (Manz, 2005). En Mesoamérica no se ha documentado algo que se parezca a las invasiones de los mongoles en la ecúmene del Cercano Oriente. Aunque fueron más o menos contemporáneos entre sí, Mixcoatl y Genghis Khan no son figuras históricas comparables ya sea por los efectos que tuvieron sobre sus respectivos ecúmenes, o por los tipos de movilidad social que fueron capaces de estimular.

Con el uso de ruedas con rayos y su aplicación en carrozas tiradas por caballos, así como caballerías de camellos y caballos, estribos, bridas, grandes cantidades de bronce y de hierro, y el arco compuesto, los sistemas sociales pastores o mixtos de pastores-agricultores de la estepa euroasiática y del desierto Árabe fueron capaces de grandes campañas contra y dentro de los sectores sedentarios de la ecúmene del Cercano Oriente. Estas innovaciones y su aplicación en contra de las ciudades y las ciudades-Estado llegaron desde las periferias de la ecúmene, áreas relativamente libres de la carga asombrosa de la burocracia que se tenía en la mayoría de las zonas

metropolitanas. Una vez que se dieron cuenta de la utilidad de cada una de estas innovaciones, éstas fueron adoptadas con rapidez dentro de las zonas metropolitanas, y en ocasiones resultaron mejoradas. Esto llevó a una espiral de desarrollo tecnológico y de competencia que caracterizó no sólo a la ecúmene del Cercano Oriente, sino también a casi todos los sistemas sociales complejos euroasiáticos, incluyendo, por supuesto, a India y China. La espiral tecnológica inspirada por estas confrontaciones no se dio dentro de la ecúmene mesoamericana. De hecho, desde una perspectiva tecnológica (exceptuando desarrollos tardíos en el Occidente), Mesoamérica nunca entró en una verdadera edad de los metales. La competencia entre los chichimecas y los metropolitanos nunca fue tan severa o peligrosa como para estimular la aparición de una espiral tecnológica como la aquí mencionada. Dentro de la zona chichimeca la falta de guerra altamente movilizadora, de patrones de incursiones masivas y de nuevas tecnologías fue la variable crucial. Por supuesto, esto no quiere decir que las relaciones dentro de esta zona y entre ella y la metrópolis hayan sido pacíficas y tranquilas. La escala sociocultural, los perfiles demográficos involucrados y el ritmo de estas relaciones fueron los factores divergentes, y esta divergencia fue en el tipo y no solamente en el grado de los mismos. El “proletariado externo” del Cercano Oriente fue completamente diferente del mesoamericano. En este aspecto Mesoamérica se vio favorecida hasta que la confrontación con la tecnología (y las enfermedades) de los españoles evidenció de manera dramática el enorme abismo entre la adaptación diádica y la triádica (Weigand, 2000).

Sin embargo, no basta con enfatizar las diferencias entre las distintas adaptaciones del “proletariado externo”; también existieron similitudes básicas e importantes. Tanto las estepas euroasiáticas como las de Norteamérica fueron reservorios inagotables de migrantes que eran jalados o empujados hacia las zonas de civilización. El atractivo para ellos fue con frecuencia oportunista en cada área: el modo de vida civilizado y la situación favorable de capturar o apropiarse de parte de su legado material y social. Por otra parte, estos migrantes se vieron empujados por otros grupos sociales que trataban de desplazar a los que estaban cerca de las zonas metropolitanas o que eran sus vecinos. El ejemplo clásico en Euroasia es el desplazamiento de los godos que vivían en las estepas occidentales por parte de

los hunos que estaban avanzando desde el centro de Asia. Fue una serie de acontecimientos que tuvieron impacto no sólo sobre las estepas occidentales y los Balcanes superiores, sino sobre todo el mundo romano, tanto del Este como del Oeste (Thompson, 1999; Bury, 1967; Arnaldi, 2005; Jones y Pennick, 1997). En ambas regiones del “proletariado externo” existieron complejos mineros a gran escala y relaciones estructuradas de comercio e intercambio entre esas regiones y los centros metropolitanos. Las estructuras formales de comercio caracterizaron a los dos ecúmenos, y sus respectivas poblaciones de “proletariado externo” estaban insertas de manera simbiótica dentro de esas estructuras. Otra característica compartida por ambas zonas de “proletariado externo” fue la predominancia de patrones crónicos de guerra, por lo que ambas áreas tuvieron sitios fortificados o defendibles.

## CONCLUSIONES

A falta de pastores capaces de innovación tecnológica básica y de largo alcance, Mesoamérica se desarrolló sin el ciclo de competencia y sin la retroalimentación de los retos, tanto políticos como económicos, que llevaron a la espiral de evolución tecnológica que caracterizó al Cercano Oriente. En Mesoamérica la región chichimeca que estaba alejada de los centros urbanos no tuvo animales domesticados, por lo que presentó un carácter fundamental estructuralmente diferente del que existió en las estepas y desiertos adyacentes al Cercano Oriente metropolitano.

Si bien ambas regiones compartieron características importantes, estos puntos en común fueron contrarrestados por las diferencias. El Cercano Oriente y Mesoamérica representan hasta cierto punto los dos extremos en adaptación que pudieron seguirse por las estructuras políticas y económicas de los ecúmenos del mundo antiguo. ❧

## BIBLIOGRAFÍA

- David Anthony, *The Horse, the Wheel, and Language*. Princeton: Princeton University Press, 2007.
- David Anthony, Dimitri Telegin, y Dorcas Brown, “The origin of horseback riding”, *Scientific American*, diciembre 1991, pp. 94-100.

- Girolamo Arnaldi, *Italy and its Invaders*. Cambridge: Harvard University Press, 2005.
- Richard Bulliet, *The Camel and the Wheel*. Nueva York: Columbia University Press, 1990.
- J. B. Bury, *The Invasion of Europe by the Barbarians*. Nueva York: Norton, 1967.
- Alberto Carrillo, *El debate sobre la guerra Chichimeca: 1531-1585*. Zamora: El Colegio de Michoacán, 2000.
- Guerra de los Chichimecas*. Zamora: El Colegio de Michoacán, 2003.
- V. Gordon Childe, *Man Makes Himself*. Londres: Plume, 1983 (edición original, 1936).
- Clutton-Brock, J., y C. Grigson (eds.) *Animals and Archaeology*. British Archaeological Reports, pt. 202, International Series, 1984.
- Jared Diamond, *Guns, Germs, and Steel*. Nueva York: Norton, 1997.
- Drews, Robert, *End of the Bronze Age*. Princeton: Princeton University Press, 1995.
- Henri Frankfort, *Kingship and the Gods*. Chicago: University of Chicago, 1948.
- William Hamblin, *Warfare in the Ancient Near East to 1,600 B.C.* Nueva York: Routledge, 2006.
- David Harris (ed.), *The Origins and Spread of Agriculture and Pastoralism in Eurasia*. Washington, D.C.: Smithsonian Institution Press, 1996.
- Leo de Hartog, *Genghis Khan: Conqueror of the World*. Londres: Folio Society, 2005.
- Ross Hassig, *Mexico and the Spanish Conquest*. Norman: University of Oklahoma Press, 2006.
- Fredrik T. Hiebert, *Origins of the Bronze Age Oasis Civilization in Central Asia*. Cambridge: American School of Prehistoric Research Bulletin 42, Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, Harvard University, 1996.
- Prudente Jones y Nigel Pennick, *A History of Pagan Europe*. Londres: Routledge, 1997.
- Paul Kirchhoff, Lina Odena y Luis Reyes, *Historia Tolteca-Chichimeca*. México: I.N.A.H., 1976.
- Amélie Kuhrt, *The Ancient Near East: c. 3000-330 BC*. Londres: Routledge, 1995.
- T. E. Levy, "The emergence of specialized pastoralism in the southern Levant", *Journal of World Archaeology*, 15, 1983, pp.15-36.
- Beatrice Manz, *Tamerlane: His Rise and Rule*. Londres: Folio Society, 2005.
- I. L. Mason (ed.), *The Evolution of Domesticated Animals*. Londres: Longman Press, 1984.
- J. D. Muhly, "Mining and metalwork in ancient western Asia" en Jack Sasson *et al*, eds., *Civilizations of the Ancient Near East*. Nueva York: Scribner's, 1995.

- Alan Outram, Natalie Stear, Robin Bendrey, Sandra Olsen, Alexei Kasparov, Victor Zalbert, Nick Thorpe, y Richard Evershe, "The earliest horse harnessing and milking", *Science*, Vol. 323, #5919, 1999, pp.1332-1335
- Octavio Paz, *Puertas al campo*. México: UNAM, 1967.
- Posdata*. México: Siglo XXI, 1970.
- Philip Powell, *Soldiers, Indians, and Silver*. Tempe: Arizona State University, 1975.
- Bernardino de Sahagún, *Florentine Codex*, 12 vols. Salt Lake City: Universidad de Utah, 1950-1982.
- Stephen Sanderson (ed.), *Civilizations and World Systems*. Londres: Altamira Press, 1995.
- Vincent Schiavitti, *Organization of the Prehispanic Súchel Mining District of Chalchihuites, Mexico: A.D. 400-950* (tesis doctoral). Nueva York: Departamento de Antropología, State University of New York, 1995.
- John van Seters, *The Hyksos*. New Haven: Yale University Press, 1960.
- E. A Thompson, *The Huns*. Oxford: Blackwell, 1999.
- Arnold Toynbee, *A Study of History*. Oxford: Oxford University Press, 1934-1961.
- Jack Weatherford, *Genghis Khan and the Making of the Modern World*. Nueva York: Three Rivers Press, 2004.
- Phil C. Weigand, "Mining and mining techniques of the Chalchihuites culture, Zacatecas", *American Antiquity*, vol. 33, #1, 1967, pp. 45-61.
- Evolución de una civilización prehispánica. Arqueología de Jalisco, Nayarit, y Zacatecas*. Zamora: El Colegio de Michoacán, 1993.
- "Rarum novarum: el mito de Mexcaltitlán como Aztlán", en: Eduardo Williams y R. Novella, eds., *Arqueología del Occidente de México*. Zamora: El Colegio de Michoacán, 1994, pp. 363-381.
- "La turquesa", *Arqueología Mexicana*, 27, 1997, pp. 26-33.
- "La antigua ecúmene mesoamericana: ¿un ejemplo de sobre-especialización?", *Relaciones*, vol. XXI, #82, 2000, pp. 40-58.
- "El norte mesoamericano", *Arqueología Mexicana*, IX, (51), 2000, pp. 43-49.
- "Los caxcanes y nayaritas: una historia compartida", *Memorias del primer encuentro de especialistas sobre la región norte de Jalisco*. Colotlán: Centro Universitario del Norte, Universidad de Guadalajara, 2006, pp. 15-41.
- "Las minas prehispánicas de la zona chalchihuiteña (Zacatecas): nuevas cuantificaciones de su producción y cálculos sobre la mano de obra invertida en el ciclo minero antiguo", ms. ponencia: Coloquio permanente sobre estudio

de la gran chichimeca, Universidad de Guadalajara Centro Ocotlán, 2009.  
Phil C. Weigand y Acelia García. *Tenamaxtli y Guaxicar: las raíces profundas de la Rebelión de Nueva Galicia*. Zamora: El Colegio de Michoacán y La Secretaría de Cultura del Estado de Jalisco, 1996.